

á lo que la civilizacion debe muchas y muy grandes ventajas, imponderables beneficios: en medio de un mundo material hizo entonces nacer una fuerza moral, que se apoyaba en razones, en creencias, en sentimientos morales, y que con las armas de la conviccion y del discurso, repelia y contrarestaba los rudos ataques de la fuerza que amenazaban destruir y aniquilar la sociedad, y que sin duda hubiera concluido con la civilizacion, si en aquel Océano inmenso de barbarie la Iglesia, con sus doctrinas *antisociales*, no la hubiera preparado una tabla de salvacion en la virtud y ciencia de sus ministros toscos, egoistas y fanáticos, segun los apóstoles de este *siglo de luces y civilizacion*.

En aquellos dias la Iglesia todo lo manejaba y era la única capaz de manejarlo, todo estaba en su mano, todo lo dominaba porque todo lo poseia, ella sola manejaba un poder que no podian destruir las legiones, un poder fuerte que ejercia su dominio sobre el alma que la sujetaba, que obraba sobre la parte mas noble del hombre, poder invulnerable, moral, inmensamente superior á todos los vaivenes de la sociedad, á las vicisitudes de los tiempos, á las revoluciones de los Estados: ella sola era el único foco luminoso que, en medio de las tinieblas que todo lo absorbian, que celaban todas las almas y ofuscaban todos los entendimientos, podía derramar rayos esplendentes que

iluminasen el horrible caos que todo lo confundia, y en cuyos celajes envolvió la Europa aquel sacudimiento general, y lo hizo efectivamente; pero como no se contenta con poco, enarboló una bandera que en medio de aquella confusion, entre las tinieblas de aquel desórden, hizo brillar una antorcha de salvacion proclamando una regla, una ley mas sublime que cuantas reglas se habian establecido, y que todas las leyes humanas con que el hombre se habia propuesto fijar el edificio de su felicidad; ley hermosa, regla divina que habia de garantir los derechos de la humanidad, y esta fué la ley de Dios y la regla de la propia conciencia; ley inmutable, independiente de los tiempos y de las costumbres, cuya fuerza inmensa abarca en un solo círculo todas las condiciones, todas las clases, todos los hombres.

Este dogma salvó la humanidad en medio de tan horrible cataclismo: dueña entonces la Iglesia del porvenir; teniendo en sus manos tan hermoso y fuerte elemento, se propuso realizar el gran pensamiento de la felicidad humana, de la garantía de todos los derechos, del afianzamiento de la libertad individual, y á esto encaminó todos sus pasos, dirigió todos sus esfuerzos y extendió todas sus miras: todos los pasos del clero desde aquel momento, todas las deliberaciones conciliares al par que aseguran la independenciam de la Iglesia, garantizan los derechos de la humanidad;

y así vemos que la separacion de los dos poderes espiritual y temporal, no es mas que la mútua garantía de uno y otro, y la esplanacion del gran pensamiento de que la fuerza no tiene derecho alguno sobre los espíritus, sobre la conviccion y sobre la verdad; pensamiento que bien explicado manifiesta que el hombre tiene privilegios que nadie le puede arrebatár, que bien considerados son el foco de todos sus privilegios, pero que es preciso dirigir, porque sin una direccion buena se extravarian y serian el foco de todas sus desgracias, el origen de todos sus males y la sentina de donde emanarian los corrosivos miasmas que habian de inficionar la sociedad entera y convertir el mundo en una cloaca miserable de vicios é infelicidad: para evitar estos males y preservar la sociedad de estas desgracias está el poder espiritual, que refrenando las pasiones y proclamando la moralidad de los actos humanos, salva el mundo de los males anexos á la disolucion y á los vicios, por manera que la humanidad puede decirse que adquirió entonces sus verdaderos derechos, y que el clero se los concedió, ó mejor dicho, los hizo salir del cieno de la ignorancia al hermoso esplendor de la luz para dirigir con ellos los hombres, y hermanarlos bajo la ley de caridad que garantizaba todos los derechos. El poder de una influencia moral é interior, la proclamacion de una ley divina salvaron de la fuerza bruta la con-

ciencia, hicieron conocer al hombre su propio valor dándole una representacion propia de que estaba privado, y sin la cual no era posible que respetase á sus semejantes, porque no podia conceder á otro lo que en sí mismo no encontraba, y solo conocia superior en su opresor, y no en su gobernante, al par que éste solo conocia en sus súbditos esclavos y como tales los trataba, hasta que el clero hizo conocer la diferencia que hay entre el mundo del pensamiento y el mundo de la accion, el de los hechos exteriores y el de los interiores, diferencia que es la base sobre que se fundó y descansa el alcázar de los derechos de la humanidad.

En aquel tiempo en que cada pueblo, cada tribu, cada familia tenia su legislacion propia, y en que los conquistadores lo avasallaban todo, y todo lo hubieran arrollado y confundido, la Iglesia y sus ministros preservaron de su ruina la civilizacion y la humanidad: este timbre, este honor no se lo pueden arrebatár por mas que se empeñen los modernos filósofos, y habrán de confesar, mal que les pese, que solo el sacerdote que les habla en nombre del Señor, ponía freno á sus excesos, modificaba su barbarie, templaba su desenfreno y los hacia mirar en el vencido un hermano: hay mas; entre aquella mezcla de pueblos no habia uno cuyas leyes fuesen preponderantes en los demas, y bastaba que fueran leyes de uno para que otro no las recibiese por buenas que fuesen, por-

que el nacionalismo los hacia mirar con repugnancia todo lo que no era propio, y el orgullo los hacia resistir su introduccion hasta con las armas; á la Iglesia, pues, estaba reservado fundir tan heterogéneos elementos en un mismo crisol, y sola ella podia con este hecho unir bajo una ley tan distintas y bárbaras naciones, y esto fué lo que se propuso, porque conoció que si lo realizaba seria el mayor beneficio que pudiera hacer á la humanidad. Verdaderamente nadie estaba en mejor posicion para llevar á cabo tan útil reforma, porque nadie poseia mejores elementos, ni esgrimia tan fuertes armas. La Iglesia cristiana era una sociedad constituida sólidamente con sus principios, con sus reglas, con su disciplina, que ansiaba estender su influencia y vencer y humanizar los conquistadores: el dogma divino, sobre cuya base descansaba, era inmutable, y las ideas humanitarias que contiene el Evangelio prestaban á sus ministros y sacerdotes el arma mas poderosa: el respeto con que el hombre mira á los dispensadores de las gracias del Altísimo era un elemento poderosísimo, y la ilustracion del clero de entonces y su virtud contribuian en gran manera á la realizacion de tan útil pensamiento; todo, pues, estaba de parte del clero, y el triunfo debia ser seguro, porque necesariamente habian de sucumbir unas imaginaciones toscas á tantos y tan hermosos elementos puestos en juego diestra y oportunamente

para humanizarlas. Entre los eclesiásticos de aquella época habia hombres sabios y profundos que entregados al estudio y á la meditacion habian discurrido y pensado sobre todas las cuestiones morales y políticas, y en todas las materias tenían ideas fijas y bien sentadas; la virtud y la ciencia les inspiraban sentimientos enérgicos que deseaban comunicar y hacer prevalecer, y conocian por lo mismo la necesidad de unir á todos los hombres en unos mismos sentimientos, bajo una misma bandera, en una misma ley y en igual creencia, y así se propusieron reunir en torno suyo todas las tribus y pueblos; y cuidado que al hacerlo no fué con el deseo de despotizar, como al parecer asegura Mr. Guizot, sino con el deseo de hacer un bien inmenso á la sociedad, porque sabian que el hombre se irrita contra el hombre, que la division suscita rivalidades, las rivalidades odios, y éstos cuestiones que con facilidad se trasladan del gabinete al campo, y cuya solucion se encomienda mejor á la espada que á la pluma, y á la fuerza que á la razon.

El clero conocia muy bien que en tal estado la humanidad era siempre la mas perjudicada, que la civilizacion se atrasaba, que era menester poner coto á la bárbara ley de la fuerza, y en todas partes, pero con mas particularidad en España, se propuso el remedio. Yo quisiera en este momento que me dijieran los filósofos y políticos de nues-

nes y de los que era el hombre

tros dias si fué éste ó no un triunfo para la causa de la humanidad, y si fué alcanzado por el clero. Yo quisiera que me dijeran si al hacerlo consultó mas el sacerdocio sus derechos y prerogativas que los del desvalido y débil, y si merece por esta conducta ó no la gratitud de la Europa. Estoy seguro que no se atreverán á contestar, porque los hechos son siempre el mejor testigo y la mas revelante prueba que puede aducirse, y porque al fin vendriamos á parar en que el hombre solo por este hecho que cortó de raiz la cabeza á la hidra de la discordia, que acabó de una vez con la serpiente venenosa de la anarquía que todo lo trastornaba, debia y debe venerar al clero y proclamarle el mejor amigo del hombre, no su enemigo; su patrono, no su déspota; su defensor, no su tirano. Pero el clero no se contentó con este triunfo obtenido en pro de la humanidad; no se durmió sobre los laureles hermosos de su victoria, no dió por terminada su conquista, no: ávido de privilegios para el hombre, ansioso de acabar con el foco de todos sus males, quiso esterminar hasta las raices de la planta maléfica que emponzoñaba su existencia, quiso destruir la rémora de sus deseos y echar por tierra cuantos obstáculos se le oponian, si no de un solo golpe, poco á poco al menos, pero sólidamente y de modo que su trabajo jamas retroceda, y de él saque algun producto, alguna utilidad, el objeto predilecto de sus afanes y desvelos que era el hombre.

La Iglesia se propuso hacer entrar al pueblo en la senda de la civilizacion, y para ello empezó por amansar sus costumbres, en lo cual ya ganaba mucho la humanidad; los hombres pensadores del sacerdocio habian meditado profundamente sobre la legislacion que debia nivelar los derechos de los ciudadanos, que es su oficio, y no habian podido menos de conocer el triste desacuerdo en que estaba respecto del Evangelio: hombres religiosos, de piadosas ideas, de sentimientos caritativos, no podian menos de lamentar tan funesta oposicion, y se propusieron enmendarla; para ello debieron pensar, debieron meditar, debieron discutir; y por último, sacaron la consecuencia que era necesario que la ley civil se cimentase en la religiosa, y desde este momento la humanidad debia ganar mucho, porque al fin garantida por el Evangelio, tenia que serlo por las leyes, y el desenfreno y la fuerza dejarian de ser los dominadores y déspotas del mundo; pero entre todos los pueblos de Europa, entre todos los cleros, toca al español la gloria del trabajo, y es el que consigue mas privilegios para la humanidad, es el que mas trabaja en su defensa, y es el que en los concilios se pone al frente de la revolucion moral que tan buenos resultados habia de producir; así vemos que los concilios prevalecen en nuestra patria, y que en vez de asambleas, en que el poder legislaba, se congregan juntas eclesiásticas en que discuten la len-

gua y la pluma, y triunfa la razon y la justicia; porque aun cuando en ellas tienen entrada los legos, la sabiduría está en el clero y los obispos dominan, y el sacerdocio se lleva la gloria del triunfo que asegura á la civilizacion un porvenir, y al hombre un bien inmenso.

Abramos por un momento el código visogodo, y en sus páginas resplandece de un modo admirable la antorcha del saber que iluminaba el clero, que le confeccionó; en su mayor parte sus leyes son un modelo á que deben nivelarse cuantas se confeccionen en defensa de la humanidad; en ellas se ve el espíritu de dulzura y caridad del Evangelio, y siempre serán un enérgico mentís contra los acusadores del clero, y una elocuente apología de éste. En este código admirable se conoce la cristiana filosofia de sus autores, y á poco que se lea se comprende que no es un código bárbaro, compuesto por rudos conquistadores, escrito sobre los escombros de los pueblos avasallados con la punta de la espada y matizado de sangre, sino un libro compuesto por los filósofos de la época, redactado por obispos, discutido en los concilios, y en cuya confeccion entró como elemento principal la caridad.

Causa admiracion, ciertamente, que en medio de la barbarie que dominaba la Europa, cuando la fuerza y solo la fuerza imperaba, en los dias en que el pobre no tenia una ley protectora, el cle-

ro se levantase proclamándola, y á fuerza de desvelos y trabajos lograrse plantearla. Causa admiracion que cuando la humanidad yacia á los piés del caballo del grosero hijo de Don, cuando nada perdonaba su furor, cuando la propiedad se arrebatava, la seguridad individual se desconocia, el pudor se vilipendiaba, y todo se escarnecia por el hombre de armas, por el señor feudal que desde su almenado palacio tendia la vista por el pueblo, que acataba sus caprichos y obedecia su ley tiránica é inicua sin osar resistirla, el sacerdote que regia la pequeña capilla de su castillo, sin otras armas que su paciencia y la doctrina del Señor, amansase el corazon del rudo guerrero que todo lo avasallaba, é inspirase á su alma sentimientos de piedad que poco á poco le habian de hacer deponer su fiereza: causa admiracion ver al sacerdote de la ley del amor, visitando y consolando al pobre, haciéndole llevadero sus infortunios, dulcificando sus penas y llevando á su corazon el bálsamo del consuelo: causa admiracion contemplar al ministro de Cristo frente á frente del opulento patricio, inculcando en su alma ideas de caridad, arrebatando víctimas á su encono, moralizando sus malos instintos y sus desenfrenadas pasiones, y haciendo triunfar la causa de la inocencia y de la justicia, preparando así el templo donde debia tremolar el estandarte victorioso de la humanidad.

Siempre que se abre la historia y se contempla tanto celo, tan heroica constancia, tantos sacrificios empleados por el sacerdocio para asegurar los derechos del hombre, y se oyen por otro lado los sarcasmos con que los filósofos responden á tantos beneficios, los insultos con que regalan á sus autores y las acusaciones que contra ellos fulminan, no puede el hombre menos de preguntarse, ¿qué títulos tienen estos á la gratitud de la humanidad? Pregunta que enjendra el deseo de averiguar la verdad y la curiosidad de analizar los hechos; entonces la imaginacion vuela por el inmenso espacio del pasado, recorre el presente y se lanza en el abismo del porvenir. ¿Y qué consigue? ¡Ah! que un movimiento de horror se apodere del alma. El pasado ofrece á la vista el egoismo de los filósofos, el presente lo cubren las cenizas de la revolucion, y el porvenir es un cielo lleno de nubes preñadas de electricidad, es una tormenta que amaga descargar sus furores sobre el hombre y borrar de sus almas toda idea humanitaria y civilizadora. ¡Vista horrible, perspectiva triste, pero que trae á la memoria la idea de que el filosofismo ataca, combate y amenaza al clero porque en él considera el amigo del hombre, el defensor de la humanidad, y por consiguiente el único muro donde sus ambiciones y su iniquidad pueden estrellarse!..... Por esto seguramente le hace guerra, esclama el hombre al contemplar

cuadro tan recargado, y cesa su inquietud y conoce que no es por mero capricho el ataque sino por cálculo; que no le produce la ignorancia, sino que le anima la malicia; en una palabra, que el egoismo filosófico nunca puede ser el aliado de la caridad cristiana.

Abramos las obras de los filósofos, y las veremos abundar en todo menos en lo que interesa al bien del hombre; allí veremos disputar, allí veremos palabras, pero poca caridad, y allí veremos cómo nuestros hombres humanitarios consignan en sus escritos bellas teorías, pero cuando las comparamos con sus obras no conocemos los autores, porque distan tanto de la práctica como la luz del medio dia de las tinieblas: yo quisiera ver á los filósofos á los piés del trono, ante un conquistador irritado, en la antesala de sus magnates pidiendo por el oprimido, y pidiendo sin otras miras que salvarle, sin mas interés que hacer un beneficio por la humanidad y una obra grata á Dios, y entonces podia creer en sus palabras; pero muy lejos de esto le veo solo dispuesto á servir á su interés, y en sus obras consultando su egoismo, porque falta en su corazon la fé, porque no tiene caridad, ni espera la recompensa de la otra vida: al revés el sacerdote, donde sufre el hombre allí es su sitio, en la cabaña que inunda la miseria, en el lecho del moribundo, en los hospitales y en las cárceles, siempre se halla para compartir los in-

fortunios con el pobre, socorrérselos ó consolarle; asiste al palacio del poderoso de la tierra, y allí aboga por el proscripto; se presenta á los jueces, y ruega por el criminal; visita á los ricos y ablanda su corazon para con los pobres; no contento con llevar á sus almas el consuelo, le acompaña con el dulce aliciente de la limosna, reduciéndose cuando la necesidad lo exige á pedir por el desvalido, sin avergonzarse de convertirse en mendigo para socorrer á sus hermanos.

Por eso todos los códigos en que interviene el clero abundan en máximas y preceptos humanitarios, por eso vemos los concilios españoles que sustituyeron á las asambleas germanas llenos de cánones en que brilla en primer término la defensa de la humanidad, y al establecerse reglas de dogma y disciplina se establecen y consignan los derechos del hombre que la ponderada filosofía tenia olvidados: leamos esos documentos del egoismo clerical, de la ignorancia sacerdotal, de su despotismo, y los veremos llenos de ideas generales, de teorías fecundas, de máximas humanitarias, de leyes basadas en el espíritu de caridad que preside siempre á las asambleas cristianas; máximas estrañas ciertamente á los tiempos en que se escribieron, pero que revelan su origen y conducen á la fuente de donde proceden, y donde bebieron sus máximas los que las enseñaron, que es el Evangelio: ellas descubren sus autores, que no son

otros que el clero, por mas que hoy se le llama ignorante y tirano.

Mas para apreciar en su justo valor estos preciosos monumentos de la antigüedad, este hermoso blason del sacerdocio, es bueno acudir á la historia y contemplar despacio el cuadro del pueblo para quienes se confeccionaron, analizar sus costumbres y sus leyes, y á vista de unas y otras se conocerán mejor los buenos oficios del clero y sus trabajos en defensa de la humanidad: voy, pues, con la brevedad posible á trazar este boceto, y espero que mis lectores no lo llevarán á mal, pues de su comparacion ha de resultar el argumento mas fuerte y convincente en pro de los ministros del Crucificado, de los hombres que tanto escarnece la impiedad disfrazada de filosofía y la maldad encapotada con el manto de la virtud, pero que por mas que digan son los únicos á quien el mundo debe su bienestar, la ilustracion verdadera sus progresos y la legislacion sus adelantos, y que la fuerza se eliminase de los códigos y la barbarie para reemplazarlas con la humanidad y la razon.

Con poco que leamos las historias, hallaremos que la legislacion de los bárbaros era personal, esto es, que una misma ley se aplicaba á los hombres de una misma raza; cada pueblo tenia su código, y aunque enclavado un pueblo en otro, cada uno era juzgado por su ley especial; el roma-